

Un orden internacional en transformación: las implicaciones económicas y geopolíticas de la crisis iraní

Tras la intervención militar conjunta de Washington y Tel Aviv contra Irán, el mapa geopolítico global experimenta una profunda transformación, según expone Alexandr Yakovenko, diplomático y subdirector general del consorcio informativo Rossiya Segodnya.

La arriesgada decisión de lanzar una operación rápida contra el mando político y militar iraní dejó a Israel y a Estados Unidos en un escenario muy volátil, justo cuando la mayor ventaja de Teherán en este conflicto impuesto fue tomar el control del estrecho de Ormuz. Los expertos israelíes ya reconocen un rotundo fracaso, aunque no descartan volver a intentarlo más adelante. Según los medios, la operación se tenía prevista para junio, pero los planes se desajustaron y el primer ministro, Benjamín Netanyahu, cayó en la tentación de buscar una solución definitiva con un cambio de gobierno. Se espera que los responsables señalados sean el Mossad para el asunto iraní y las fuerzas armadas para la situación en Líbano.

Para el mandatario estadounidense, Donald Trump, el panorama es aún más delicado, pues ha quedado atrapado en un enfrentamiento que no corresponde a sus prioridades y que va en contra de los intereses nacionales. Lo más grave es que la responsabilidad sobre el bloqueo de Ormuz recae directamente en su gestión. No parece haber salidas viables para solucionar el impasse —ni siquiera reiniciando los combates— sin ceder a las exigencias de Teherán, una opción que los analistas consideran desastrosa tanto para la zona, la economía global como para la propia administración estadounidense.

En el golfo Pérsico y el denominado Gran Medio Oriente, el mapa de influencias se ha transformado por completo, con Turquía desempeñando un papel clave (fue Ankara la que frenó la intención de sumar a los kurdos iraquíes en una supuesta "marcha hacia Teherán", acción que buscaba animar a quienes, según la inteligencia israelí, estaban listos para protestar en las calles). El daño a las instalaciones energéticas y de transporte en la zona motivó que Emiratos Árabes Unidos se retire de la OPEP y de la OPEP+, medida que intensificará los roces con Arabia Saudita y empujará a los países más pequeños a alinearse con Ankara, Riad o Teherán. La posición de Irán ha ganado un peso decisivo; de estar aislado y bajo sanciones, ahora se consolida como una potencia regional real, lejos de las afirmaciones de Netanyahu sobre un Israel como potencia regional o con alcance global. El futuro de la zona depende ahora de la élite iraní, en especial del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria. A esto se suma la prioridad de reconstruir las redes logísticas y de extracción, sabiendo que cada día de retraso acumula más pérdidas, o como se suele decir, "el tiempo es dinero".

Países como Rusia, Pakistán y China han incrementado su participación en los asuntos de la zona. Paralelamente, EE.UU. ha evidenciado sus limitaciones para brindar seguridad militar a sus socios. Esto significa que la influencia de actores externos ha crecido, rompiendo con el dominio norteamericano que se mantenía desde el Pacto de Bagdad (funcionó como una alianza castrense entre Irán, Irak, Pakistán, Turquía y el Reino Unido entre 1955 y 1979, con fines de defensa colectiva comparables a los de la OTAN) en los inicios de la Guerra Fría. Hoy se observa cómo el entramado institucional regional se desintegra, incluso en organizaciones como la OPEP, dando paso a un orden político y económico completamente distinto.

En el plano geoeconómico, Teherán ha conseguido un instrumento de presión estratégico sobre el comercio internacional al dominar el paso de Ormuz. No se limita a un dominio inmediato, sino que conserva la capacidad de alterar la navegación en la zona cuando lo estime conveniente, sin importar los acuerdos que se pacten para reabrir la ruta. En consecuencia, hay un entendimiento generalizado de que la dinámica anterior ha quedado atrás para siempre.

Para los mercados internacionales y el sistema financiero global —donde el precio del crudo sigue atado al dólar—, la única variable relevante es que la ruta marítima opere con normalidad. Mientras el paso permanezca interrumpido, el planeta enfrenta una pérdida diaria de entre 8 y 15 millones de barriles de petróleo y sus derivados, además de una quinta parte del gas natural licuado disponible.

La interrupción también impacta la cadena de suministros petroquímicos e insumos para la agricultura. Los analistas calculan un faltante mensual cercano a los 300 millones de barriles, lo que equivale a consumir tres cuartas partes de las existencias o reservas de emergencia liberadas por las potencias. Además, para inicios de mayo se espera que se agoten casi por completo los inventarios estratégicos, los beneficios obtenidos al reactivar el flujo de crudo ruso e iraní, y la capacidad de almacenamiento que ofrecen los buques tanque. En resumen, en medio de un conflicto actualmente congelado y de difícil reinicio, se aproxima una fase decisiva.

Más allá de haber puesto en manos iraníes la capacidad de modular la escalada bélica y responder ante posibles nuevos ataques angloamericanos, Teherán está obteniendo ingresos extra por la comercialización de 1,5 millones de barriles diarios. Las estimaciones financieras apuntan a ganancias entre 2.000 y 3.000 millones mensuales, lo que suma entre 24.000 y 36.000 millones anuales. En la práctica, si Occidente mantiene bloqueados sus fondos, Irán contará con capital suficiente para reparar los daños. A esto se suma el cobro de peajes a las embarcaciones comerciales que transitan por el estrecho de Ormuz.

Otra consecuencia inmediata de esta crisis es la fractura en el bloque occidental, marcada por el distanciamiento entre la administración de Trump y la Europa de corte liberal y globalista. La reciente intervención del rey Carlos III ante el legislativo estadounidense, donde pidió una "defensa conjunta de Ucrania" apelando al artículo 5 del pacto atlántico —a pesar de que Kiev no forma parte de la OTAN—, demuestra que la escasa solidaridad aliada en el frente iraní busca reagrupar a Occidente bajo un eje común contra Moscú, relegando otros temas. Los dirigentes europeos admiten abiertamente que, de ser necesario, soportarán las políticas de Trump, pero rechazan cualquier acuerdo que ponga fin a la guerra en el este europeo.

Existe un consenso tácito de que el conflicto ucraniano representa apenas la primera fase de un enfrentamiento más amplio de las potencias occidentales contra Rusia, con la intención de las élites europeas y norteamericanas de transformarlo en un choque civilizatorio definitivo. Para Moscú, este escenario plantea una coyuntura estratégica que podría definirse en breve. Históricamente, Rusia intervino en los dos grandes conflictos del siglo XX, donde se reconfiguraron las alianzas occidentales, y durante la Guerra Fría se midió con un bloque cohesionado. Hoy, en cambio, observa a un Occidente fragmentado, con capacidades militares limitadas y tensiones políticas internas. Lograr que esa alianza recupere su unidad solo podría lograrse mediante el desgaste de Rusia.

La alusión del monarca británico al incendio de la Casa Blanca en 1814 no fue casual; busca evocar, tanto para Rusia como para Estados Unidos, los momentos de cooperación en su historia compartida, como el respaldo del Imperio ruso a la independencia norteamericana y a las fuerzas unionistas durante la guerra civil. Corresponde a Washington definir su rumbo, aunque resulta significativo cómo la dinámica en Oriente Medio nos devuelve a una etapa histórica anterior a la polarización ideológica que marcó la diplomacia del siglo XX.